

ERNESTO SABATO: "Mi actitud es transraccional"

J. A. GOMEZ MARIN

Ernesto Sábato es uno de los personajes más complejos de la literatura latinoamericana actual. Narrador raro, ha escrito solamente tres novelas desde que en 1948 editara "El túnel"; "Sobre héroes y tumbas" data de 1961 y "Abbadón, el exterminador" de 1974. Esta última —editada en España por Alianza Tres— recibió el premio francés a la mejor novela extranjera del año. Y entre tanto, una decena de ensayos actuales y casi siempre polémicos que le han valido una notable nominación intelectual y política, no pocas veces responsable de discutibles interpretaciones de su obra de narrador.

HEMOS hablado largamente con este hombre que une a su naturaleza serena cierta condición torrencial, que habla mucho y con acento seguro, que da la sensación de saberse las respuestas y hasta los argumentos. Y hemos hablado de literatura, de sus novelas, del trasfondo ideológico del escritor, de política...

—El lector de tus novelas tiene la impresión de que Sábato escribe siempre la misma obra o, de otro modo, de que esas tres novelas son aproximaciones sucesivas a un mismo asunto.

S.—Creo que sí, que en cierto modo escribo siempre lo mismo, repitiendo en parte los personajes, aunque cambian las circunstancias. Uno debe escribir sobre sus obsesiones más profundas, y eso es lo que yo he hecho en esas tres novelas —las únicas que me decidí a publicar, tras muchas destrucciones—, que son como tentativas, cada vez más encarnizadas, de expresar lo que en lo más oscuro de mí ser me obsesiona sin saber bien qué significa. Es una manera de conocerme a mí mismo, es decir, a la Humanidad... Por otra parte, eso es lo que han hecho figuras a las que reverencio, como Kafka o Dostoievski.

—Se habla con frecuencia del antirracionalismo o del romanticismo de Sábato. Quizá son clichés de la crítica, pero es evidente que tu novela cuestiona el papel de la razón y revela una preocupación notable por el conocimiento. ¿Se podría pensar que en estas preocupaciones subyace el físico que fue Sábato y que esa actitud cautelosa ante la razón es todavía un eco de aquella lucha epistemológica?

S.—Ante todo debo decirte que yo no soy físico; apenas soy un ex físico, pues hace treinta años que abandoné la ciencia. Es bastante cierto lo que apuntas, pero yo creo que aquella cautela de los físicos (Einstein y otros), era, en fin de cuentas, racionalismo, o mejor, científicismo y no podría ser de otra manera. En cambio, mi actitud es transraccional, es una síntesis entre lo racional y lo irracional. Mi intento es la "novela total", capaz de desempe-

ñar al mismo tiempo el papel que en otras épocas tuvieron la narración y la epopeya, el mito y la poesía, las confesiones y el ensayo. Y esto es posible hacerlo ahora que la novela está libre de los prejuicios científicistas del siglo diecinueve... Lo mío es, si me perdonas, la grandiosa expresión, algo así como un neorromanticismo fenomenológico...

—Pero algunos, a mi juicio equivocadamente, insisten en el lado surrealista de tu obra...

S.—Equivocadamente. En mil novecientos treinta y ocho yo trabajaba en el Instituto París (era el momento de la fisión del uranio) y estaba en plena crisis intelectual, pues sentía

que la ciencia lleva al mundo hacia la catástrofe e intuía que el puro concepto era el culpable de una de las alienaciones del hombre moderno, la racionalista, aquella que culmina en la ilustración —ese hombre con H mayúscula— y contra la cual reaccionaron luego la izquierda y la derecha hegelianas: Marx y Kierkegaard. Por eso me alejé de la ciencia y era natural que me precipitase en el delirio surrealista... Tendría que pasar algún tiempo hasta que pudiera alcanzar el equilibrio donde únicamente es posible: en la novela total, que tiene un pie en el pensamiento puro y otro en el pensamiento mágico. Porque el hombre total es un alter-

nancia y hasta una simultaneidad de día y de noche, de razón y de magia.

(Sábato se extiende, aclara que su crítica incluye a los dialécticos, defiende la condición irreductible del mito, del sentimiento religioso, del arte... Intentamos que vuelva a la creación y hablamos de la condición política de su obra...)

S.—Lo que pasa es que el hombre es una totalidad concreta, algo que no se da en abstracto, sino en unas circunstancias reales y sociales precisas. Desde este punto de vista, no hay arte que, de una manera directa o tortuosa, no tenga "algún" sentido político. Pero ese "algún" debe tratarse con infinita precaución para no caer en los extremos en que ha incurrido cierto marxismo de pacotilla... Un crítico sostuvo que la pintura de Tintoretto se debió al problema de la sal que sufría la República de Venecia; otro que la de Picasso era típica de la época del capitalismo imperialista. Convendría que estos impulsivos y primarios materialistas recordaran que Marx se refirió a la literatura "revolucionaria" de Vallés y admiraba en cambio la del monárquico Balzac...; el arte, como el sueño, es generalmente un acto antagónico de la realidad diurna, y por eso hay tanta distancia entre la obra de arte y el famoso reflejo como la que puede existir entre un puntapié y un espe-



Sábato: "Ha llegado el momento de escuchar a los hombres de imaginación".

jo... Esa famosa teoría que, con razón, Gramsci criticaba en Pléjanov...

—Se ha hablado mucho de la herencia barroca en la "nueva novela" latinoamericana, Borges, particularmente, muestra esa herencia —"vano empeño componer vastos libros..."—, etcétera—, pero, además y sobre todo, hay otros aspectos que recuerdan mucho al barroco español, aparte de la "forma" o del eco en el estilo.

S.—Yo veo dos motivos probables de esta influencia, que deben haber presionado sobre nuestro inconsciente y que pueden haber dado cierto denominador común a la entera literatura latinoamericana. De un lado, la formidable herencia del barroco español a través de hombres sin par, como Cervantes, Quevedo y Góngora; de otro, el carácter esencialmente "barroco" de la realidad hispanoamericana, tanto en el sentido geográfico, como en el racial o en el político. Romántico y barroco por excelencia. Pero además, la gran novela tiende a ser barroca, porque de ese modo le es más factible dar la infinita complejidad de la condición humana y recoger la doble condición mitológica y conceptual que tiene.

En una ocasión, un crítico alemán me preguntó por qué en Latinoamérica ha habido tan grandes novelistas y, en cambio, no ha habido grandes pensadores. Y yo creo que la razón está en que la modernidad se caracterizó por la ciencia positiva y por el racionalismo, lo cual ahondó cada vez más la diferencia entre la parte racional y la parte irracional del hombre. ¡Una auténtica catástrofe! Pero España, como Rusia, no sufrió del todo ese "espíritu de modernidad" y, por tanto, siguieron perteneciendo, en buena medida, al orden feudal y preburgués. ¡Y nosotros fuimos periferia de la periferia!

—Volvamos a la política. El joven Sábato fue anarquista y luego dirigente, responsable del movimiento comunista argentino. Sin embargo, pronto lo abandonó y sus libros de ensayo son una muestra importante de crítica, sobre todo de crítica al stalinismo.

S.—Estuve en la Juventud Comunista desde mil novecientos treinta y uno al treinta y cinco, pero me alejé del movimiento porque me repugnaba el stalinismo. Yo me fui cuando empezaron los procesos de Moscú.

—Pero tú estuviste en un movimiento comunista que en esas fechas era stalinista. ¿Cómo enjuicias ahora las razones del aquel stalinismo?

S.—En el tiempo de que hablo tal vez se podría justificar que muchos jóvenes idealistas creyeran en él. Pero luego, cuando se conocieron las atrocidades, no podía haber ya justificación alguna. Claro que el stalinismo no ha muerto, sigue

vivo y no sólo en algunos partidos comunistas, sino en otros que pretenden serles opuestos: la misma mezcla de totalitarismo político y de sectarismo ideológico, la misma propensión al insulto y a la persecución, el mismo resecamiento doctrinario...

—Sí, pero hoy hay otras posiciones: el eurocomunismo, por ejemplo...

S.—Pienso que el eurocomunismo es un paso hacia la democracia real.

—¿Cómo definirías tu posición política en la actualidad?

S.—Muy similar a la que sostuvo Emmanuel Mounier en la posguerra: filosóficamente, esa defensa del hombre concreto y de su dignidad que caracteriza al personalismo, esa decisión de no sacrificar nunca al hombre concreto, al hombre de carne y hueso; socialmente, justicia social y libertad. Hace meses publiqué un ensayo titulado "Nuestro tiempo de desprecio", en que denuncio tanto el totalitarismo de izquierdas como el de derechas, de los que el Estado hitleriano y el soviético son tremendos ejemplos. Ahí pido —buscando la pacificación de mi patria— que la violencia sea reemplazada por el Estado de Derecho democrático. La Historia ha demostrado que no se pueden alcanzar fines nobles con medios innobles, porque tarde o temprano, los medios se transforman dialécticamente en fines. Por eso pienso que doctrinas como la de Mounier son el fundamento filosófico para la constitución de un socialismo que resacralice al hombre. El "bien común" no es lo que entienden la democracia burguesa ni el Estado totalitario: es el supremo bien de una comunidad de hombres que sean a la vez libres y solidarios. A veces me dicen que todo esto es utopía. Pero cuando los realistas se caracterizan por destruir todo género de realidad, parece que ha llegado el momento de escuchar a los hombres de imaginación...

No hemos querido enturbiar con nuestro comentario la opinión del escritor. El autor de ese monumento narrativo que es el "Abbadón" tiene su propio lenguaje cuando se refiere a cuestiones no literarias. El lector habrá observado su peculiar conceptualización, su curioso manejo del ejemplo histórico. También la transferencia y el vigor con que Sábato habla desde cierto idealismo que para algunos resultará trasnochado —los sueños, Mounier, la crítica del determinismo materialista, etcétera— y para otros, por el contrario, muy actual.

Pero no es cuestión ahora de valoraciones ideológicas. Sábato ha respondido lo que piensa y ese es un dato importante en sí mismo. Sobre todo, para quien conozca de cerca su obra literaria. ■



García Sabell, Presidente de la Academia Gallega

La Real Academia Gallega tiene nuevo presidente. Domingo García Sabell, médico, ensayista, luchador de la cultura gallega en los años difíciles del franquismo, ocupa ahora la presidencia que tiene dicha institución desde que fue fundada en 1905 a partir de aquella Asociación Inicidadora y Protectora de la Academia Gallega, promovida en La Habana por un incansable emigrante, el tipógrafo ferrolano José Fontenla Leal, y apoyada por el más ilustre emigrante gallego que tuvo Cuba, el poeta Curros Enríquez.

La sucesión del anterior presidente, Sebastián Martínez-Risco, fallecido a finales de septiembre, despertó alguna preocupación en los medios culturales y políticos gallegos. Los tiempos que corren no fueron ajenos a la máxima institución académica de Galicia y catorce asociaciones culturales y un llamado Frente Cultural Galego, supuestamente en la órbita del nacionalismo de izquierda del Bloque Nacional Popular Galego, propusieron públicamente el nombre de Ricardo Carballo Calero, actual catedrático de Lengua Gallega en la Universidad de Santiago y prestigioso escritor galleguista. Según parece, quienes preconizaban su candidatura se basaban en que se trata de un hombre que ha permanecido al margen totalmente de la política de partidos y ofrece, al mismo tiempo, una limpia trayectoria de galleguista. Cabe suponer que a García Sabell lo consideraban menos desligado de la política en virtud del nombramiento de senador de que le hizo objeto el Rey.

Pero la Academia no parece estar para oír lo que le llega desde la calle. Por aclamación, y a propuesta del académico José Filgueira Valverde —derecha dentro de la derecha que representa en su mayoría actualmente la institución—, salió García Sabell. Y lo sorprendente quizá es que el elegido no cuadra, no obstante, en esa derecha. El antiguo presidente de la FUE compostelana en los años inmediatamente anteriores a la Segunda República es uno de los más consolidados espíritus liberales que tiene Galicia entre sus figuras vivas. El mismo, en repetidas ocasiones, se autodefinió como liberal galleguista y, a juzgar por su trayectoria intelectual, habría que situarlo incluso en una posición de izquierda, dentro de su liberalismo.

De alguna manera, el nuevo presidente es el trabajador de la cultura gallega que alcanzó mayor universalidad en los últimos años. Amigo de los grandes hombres de la cultura española (Jorge Guillén, Loin Entralgo, Américo Castro, Jiménez Díaz, Aranguren, etcétera), viajero incansable por las tribunas de Europa y América, dirigió su lucha durante el franquismo al campo cultural y a la investigación. Como otros intelectuales gallegos de su generación (Ramón Piñeiro, Fernández del Riego, lo que se ha dado en llamar la "Generación Galaxia" en general), llegó a la conclusión de que era mejor, a la vista de la represión de los años cuarenta y cincuenta, abandonar la lucha abiertamente política y dedicarse al trabajo cultural y al conocimiento a fondo de Galicia. Los gallegos dicen muy bien en un refrán popular que a lei hai que enganar, pra fodela mellor (hay que engañar a la ley, para jugarla mejor). Algo de esta sabiduría popular debió haber en los hombres de la Generación Galaxia, por lo menos cuando pusieron en marcha su editorial.

Hoy, García Sabell ya no es un marginado. De senador real, por cierto con gran peso específico dentro de la Asamblea de Parlamentarios de Galicia y especialmente en las reivindicaciones autonómicas que se presentaron al presidente Suárez, pasó ahora a ser presidente de la Real Academia Gallega. Se habló de que podría ser propuesto también para presidir la futura Xunta de Galicia, pero él mismo se encarga de puntualizar que solamente un deber moral o ético ineludible le llevaría a aceptar tal cargo. En su opinión, Galicia tiene una figura hecha a la medida de dicha presidencia, y es su amigo íntimo Ramón Piñeiro. ■ PERFECTO CONDE.